LA FUERZA CONCILIAR DE CRISTO, VIVIDA EN UNION Y SOLIDARIDAD

Reflexiones sobre la unidad de la Iglesia en vistas a la luz de la Quinta Asamblea Plenaria del Consejo Ecumenico de las Iglesias [1]

¿Unidad de la Iglesia? ¿Qué se puede decir hoy en común acerca del movimiento ecuménico? Después de tantos años de conversaciones, gestiones y otros esfuerzos ¿se puede decir todavía algo que no esté ya dicho? ¿Acaso no existe ineludiblemente en el transfondo de toda discusión el sentimiento penoso del *déjà vu*? No faltan, ciertamente, explicaciones que tienden a hacer ver que la meta del movimiento ecuménico, ahora como antes, es la unidad visible de la Iglesia. Incluso, el Consejo Ecuménico de las Iglesias cambiará probablemente su Constitución en este sentido [2]. Sin embargo, ¿son estas explicaciones expresión de un progreso real? ¿Estamos hoy más cerca de la meta que hace diez años? Hay quienes dudan de ello, es más, comienzan a preguntarse si esta meta merece todos los esfuerzos que se han venido realizando. ¿Qué puede decir, pues, la Quinta Asamblea Plenaria sobre este tema central del movimiento ecuménico?

La circunstancia de que el tema de la unidad no despierte

1. El artículo es una forma revisada de la sustancia del protocolo preparado para Salamanca y del saludo de apertura de L. Vischer.

2. En la nueva Constitución del Consejo Ecuménico de las Iglesias se describe el fin principal del Consejo con las siguientes palabras: «to call the churches to the goal of visible unity in one faith and in one eucharistic fellowship, expressed in worship and in common life in Christ and to advence toward that unity in order that world may believe» (Constitution, Function and Purposes (i), en *Minutes of Central Committe 1972*, Ginebra, WCC 1972, pp. 65 y 220.

Universidad Pontificia de Salamanca

inmediatas esperanzas y que, visto en su conjunto, incluso brille por su ausencia, no debe llevarnos a que se le preste menos atención. Antes bien, debe inducirnos a un cuidadoso autoexamen. ¿Dónde estamos? ¿Qué pasos hemos de dar para progresar en los próximos años? El ambiente de perplejidad reinante puede estar motivado en que no existe suficiente claridad común sobre lo que se puede y debe hacer. Ciertamente, el progreso en el camino de la unidad depende, en última instancia, de la disposición espiritual. Sólo si nosotros nos dejamos mover por la fuerza conciliadora de Cristo llegaremos a la unidad. Pero este impulso fundamental puede convertirse, por el contrario, en ruptura, si nosotros no vemos juntos con claridad lo que hoy resulta necesario. Consideraciones generales acerca del ideal de la unidad nada ayudan y, a la larga, sólo producen apatía. Las reflexiones deben de orientarse con más decisión a los problemas concretos en orden a la realización de la unidad.

Una cosa es ciertamente clara de antemano. La Asamblea Plenaria no puede producir ya nuevos impulsos. Las iniciativas en torno a la unidad deben surgir de la base. Los pasos necesarios han de ser dados por las Iglesias y Comunidades, incluso, por cada uno de los cristianos. El Consejo Ecuménico de las Iglesias sólo puede ofrecer la ocasión para una reflexión común. El Consejo Ecuménico de las Iglesias ha visto esto con toda claridad. Su comisión central en la reunión del verano de 1973 se dirigió a las Iglesias con la invitación expresa de que participaran en el común autoexamen; ellas deben «give fresh thought to the nature of the unity we seek and above all say how they think that this unity should be achieved» [3]. Por consiguiente, la Asamblea Plenaria no debe ser ya más un punto de encuentro para aquellos que se hallan diversamente situados en el camino de la unidad. Estos deben armonizar de nuevo sus esfuerzos comunitariamente.

I. La tensión entre la llamada a la unidad y las convicciones contrarias de las Iglesias

Cristo ha orado a fin de que sus discípulos sean uno. La unidad corresponde, pues, a su voluntad. La separación en la que

3. *Minutes and Reports, Twenty-Sixth Meeting* (Ginebra WCC 1973), p. 88.

Universidad Pontificia de Salamanca

nosotros todavía vivimos sólo puede ser desobediencia. Pero las Iglesias no están separadas por motivos vanales. Ellas se sienten ligadas, en fidelidad al Evangelio, a determinadas convicciones. Tienen que dar testimonio de ellas y vivirlas por amor a Cristo. La tensión es evidente. Las Iglesias oyen, por una parte, la llamada a la unidad. Ellas deben hacer todo lo posible para seguir esta llamada y conseguir la unidad. Por otra parte, las Iglesias oyen también la llamada para testimoniar a Cristo como El quiere ser testimoniado en el mundo actual. Ante esta tarea las Iglesias no pueden admitir ningún compromiso. Deben obedecer a esta llamada, aunque por ello surjan polémicas y divisiones.

La tensión es de fundamental importancia para el movimiento ecuménico. Sólo ella hace explicable la concepción del Consejo Ecuménico de las Iglesias. ¡Una comunidad de Iglesias separadas! Por una parte, las Iglesias tienen que dejarse impulsar juntas porque saben que la unidad en Cristo, que confiesan en el Credo, está por encima de la unidad que han realizado en sus propias tradiciones. Pero, al mismo tiempo, se ven en la necesidad de permanecer, al menos provisionalmente, separadas *en* esta comunidad. Aún no están en situación de confesar a Cristo en común, es más, ni siquiera saben todavía cómo ha de ser la unidad en Cristo, a la que todas están llamadas. Es significativo que el Consejo Ecuménico de las Iglesias en su fundación no estaba en situación de determinar una idea clara sobre la unidad a la que se habría de llegar. Tuvo que limitarse a presentar paralelamente los distintos modelos confesionales. La comunidad dentro del Consejo Ecuménico de las Iglesias sólo podía ofrecer la ocasión para que las distintas Iglesias entrasen en una mutua relación dinámica.

La tensión se ha hecho manifiesta, primeramente, en el movimiento ecuménico en el encuentro de las confesiones. Pero ¿está limitada únicamente a este encuentro? ¿No aparece siempre que en la Iglesia chocan diversas interpretaciones del Evangelio? La experiencia que las Iglesias han realizado hasta ahora en el movimiento ecuménico muestra esto con gran claridad. El comienzo del movimiento ecuménico en las Iglesias no significa que ya no habrían de tener lugar nuevos antagonismos y conflictos. La confrontación con los acontecimientos de los tiempos actuales plantea en las Iglesias cuestiones de importancia decisiva y las respuestas son tan distintas, que la comunidad de las Iglesias queda muchas veces puesta en duda. Mientras que las Iglesias buscan eliminar las diferencias existentes del pasado, tie-

Universidad Pontificia de Salamanca

nen que descubrir, al mismo tiempo, medios y caminos para mantener la unidad contra nuevas amenazas de separación. La tensión es la misma. La llamada a la unidad se siente con más fuerza que nunca. Pero la cuestión está en si la comunidad no oscurece la pureza del testimonio.

La existencia de antiguas y nuevas diferencias deja bien claro, que el movimiento ecuménico no es simplemente el camino que hay que seguir desde la separación de las confesiones hasta la realización visible de la unidad. Dicho movimiento es, más bien, una parte del esfuerzo constante de la Iglesia para llevar a cabo la unidad de la que ella habla en la confesión de fe, de hacerla clara donde está oscurecida, de mantenerla donde está amenazada, de conseguirla de nuevo donde está perdida. Toda la historia de la Iglesia es, en cierto sentido, un movimiento ecuménico, y la Iglesia no quedará dispensada en el futuro de la preocupación por la unidad. Esta constatación no debe aminorar la importancia de la tarea concreta que el actual movimiento ecuménico se ha impuesto como fin. La existencia de diversas tradiciones confesionales oscurecen de manera especial la unidad y, por eso, es necesario emplear toda la fuerza para reconocerse recíprocamente y poder confesar juntos a Cristo. Precisamente, el convencimiento de que la Iglesia tiene que luchar siempre por su unidad, hace hoy tanto más urgente esta tarea.

Si se contempla el movimiento ecuménico actual en este amplio contexto, se desprenden dos consecuencias importantes:

a) *Los que integran el movimiento se transforman.*

El problema de la unidad varía en la medida en que los hermanos que integran el movimiento cambian con sus ideas y convicciones. La reflexión fundamental permanece ciertamente la misma. Cualesquiera que sean los que integran el movimiento tienen que dejarse conducir por Cristo en la comunidad. Pero el problema es otro cuando se tiene en cuenta la identidad especial de los diversos grupos confesionales. Este cambio es también característico para el movimiento ecuménico. Toda Iglesia nueva que se integra en el movimiento cambia sus perspectivas. Un diálogo entre Iglesias de la reforma se basa en distintos presupuestos que un diálogo en el que también participa la Comunidad Anglicana, y, el encuentro toma un nuevo carácter, bajo muchos aspectos, si también incluye a la Ortodoxia.

Universidad Pontificia de Salamanca

El movimiento ecuménico ha visto en los últimos años nuevas perspectivas, sobre todo, en dos direcciones. La Iglesia Católica Romana se ha adherido activamente al movimiento. Con ello, el problema de la unidad ha experimentado un cambio muy importante, que no fue sentido en un principio. Problemas que hasta ahora apenas si se habían planteado, cobran ahora importante prestancia. Algunos hubieran preferido quizá permanecer al margen de esta nueva constelación, y aunque el desplazamiento no se ha realizado en grandes proporciones, es inevitable.

El segundo cambio notable es de carácter totalmente distinto. El movimiento ecuménico se ha ampliado notablemente porque hoy abarca movimientos y grupos que no pertenecen a ninguna de las confesiones tradicionales. Piénsese, por ejemplo, en las Iglesias pentecostales, en las Iglesias africanas independientes, o en numerosos grupos que se van formando dentro de las confesiones a causa de una experiencia común, o por fines comunes de carácter social o político o de cualquier otro carácter y que, al reunirse así en grupos, provocan escisiones en sus Iglesias respectivas.

Si el movimiento ecuménico quiere permanecer fiel a su misión, tiene que enfrentarse con estas ampliaciones y complicaciones del problema de la unidad, incluso, ante el riesgo de que se venga abajo lo que hasta ahora se había conseguido o se había creído conseguir. El movimiento ecuménico tiene que descubrir y comprender la totalidad del problema de la unidad en el transcurso del tiempo.

b) *Las exigencias de la unidad cambian.*

La segunda consecuencia no es de menor importancia. Mientras va cambiando la situación histórica, aparecen nuevas perspectivas para la realización de la unidad. El movimiento ecuménico no se realiza al margen de la evolución de la historia. Antes bien, toma parte activa en las transformaciones de la situación general. El camino hacia la unidad no es algo parecido a la construcción de un puzzle. Las partes están dadas. Sólo hace falta fantasía, tiempo y paciencia para construir la imagen completa. Mientras las Iglesias están empeñadas en el cumplimiento de su misión, va tomando ésta nuevas formas. La Iglesia, en su escisión, no es una realidad dada, sino una realidad vital. Ella vive, proclama el mensaje, entra en relación con el mundo en el que está inserta, ejerce un influjo sobre él y está influenciada, al

Universidad Pontificia de Salamanca

mismo tiempo, por él. Los criterios para la consecución de la unidad no están dados de antemano. Han de ser examinados siempre en toda nueva situación. Lo que era suficiente en las primeras décadas para conseguir la unidad, no basta en el siglo cuarto. Considérese, si se quiere, la Iglesia del siglo cuarto, simplemente, como una desviación de la comunidad. tal como viene exigida en el Nuevo Testamento.

Sin embargo, con ello la diferencia no queda totalmente explicada. Hacen falta de hecho otros elementos, por ejemplo, una organización mucho más acentuada, si se ha de mantener la unidad. Pues es distinto el que un movimiento incipiente conserve su unidad o el que una Iglesia extendida por todo el imperio romano haga visible su unidad. Esto mismo sucede en el movimiento ecuménico de nuestros días. La unidad que aparece hoy como ineludible, no es la misma bajo todos los aspectos, según la vieron algunos padres del movimiento ecuménico. Por ejemplo, el tiempo transcurrido desde los albores del movimiento ecuménico está caracterizado por la conciencia creciente de que la humanidad vive una historia común y de que la Iglesia, en su vida, tiene que tener en cuenta esta realidad. La Iglesia, en los comienzos del movimiento ecuménico, tuvo un peso decisivo ya en el mundo antiguo. Los esfuerzos misioneros de los últimos siglos ampliaron ciertamente el horizonte, pero no cambiaron en realidad la supremacía de las Iglesias que se fueron formando en el transcurso de los siglos. Entre tanto, la visión de la Iglesia ha cambiado. Las Iglesias son cada vez más conscientes de que la universalidad de la Iglesia hay que realizarla de diversa manera. Las Iglesias nuevas tienen que ser tenidas en cuenta en su auténtica individualidad. Las Iglesias antiguas tienen que aprender a ser sus compañeras y hermanas. Esto exige una forma nueva de unidad. Se podrían mencionar otros ejemplos. En todo caso, está claro que la meta misma no está dada definitivamente, sino que está sometida junto con la Iglesia al cambio de los tiempos, de las situaciones y de las ideas.

¿Qué importancia tienen estas reflexiones para la tan traida «Malaise» en el movimiento ecuménico? ¿Ha terminado el gran intento característico de la primera mitad de este siglo, sin que se hayan conseguido los resultados apetecidos? ¿Han aparecido en primer plano otros objetivos? ¿Para qué el diálogo? ¿Qué sentido tiene una semana especial de oración por la unidad? ¿Y a qué fin esta obsesión por una unidad que en el fondo nadie quiere, porque en el fondo nadie la necesita? Esta forma de

Universidad Pontificia de Salamanca

hablar es manifiestamente engañosa. La época del movimiento ecuménico no ha pasado. Si se habla de una «Malaise» hay que preguntarse por qué se habla de ella. ¿No podría ser quizá porque el movimiento ecuménico ha pasado del estadio de un simple proyecto al estadio de la realización? Los diálogos y gestiones han dejado ver con claridad que hacen falta decisiones. Pero este paso presenta exigencias que no se pueden realizar sin más. La llamada «Malaise» podría tener otra motivación profunda. Podría suceder que las Iglesias no poseen suficiente claridad sobre las transformaciones que se han dado y que todavía se mueven en concepciones y comportamientos de modelos de unidad, que ya no corresponden a la realidad actual y que, por consiguiente, no se pueden aplicar. En este caso, a esto en vez de «Malaise» habría que llamar indolencia de pensamiento.

Teniendo en cuenta la situación actual del mundo, no ha decrecido la necesidad de la unidad de la Iglesia. Esta es tanto o más urgente que nunca. Naturalmente, es mucho más sencillo el entrar en la tensión entre comunidad e identidad, de forma provisional y sin compromisos, que permanecer en ella hasta que dicha tensión se haya resuelto, hasta que se hayan separado los elementos espúreos de los auténticos y haya sido restablecida la auténtica *koinonia*. Quien hable hoy del ocaso del movimiento ecuménico, en el fondo, está huyendo de esta tensión; está claudicando en la batalla que la Iglesia necesariamente tiene que librar. No es extraño que, entonces, la unidad quede más rota. La unidad es necesaria. Pero quien no acepte esta tarea dentro del movimiento ecuménico, no tiene otra posible elección que quedar ligado a unidades más pequeñas. O bien volverá a las identidades confesionales; procurará mantenerse con más ahínco en ellas apoyando la necesidad de trabajar por la identidad, o, seguirá la bandera de cualquier movimiento. O *mi* confesión o *mi* movimiento, *mi* organización, *mi* grupo (¡espontáneo!). Sólo el valor de permanecer en la tensión del movimiento ecuménico y la esperanza puesta en la comunidad, todavía hoy tan frágil, cosa que ya ha surgido en el movimiento ecuménico, puede salvar a uno de esta desintegración.

II. Modelos de unidad

La comisión «Fe y Constitución» en su sesión en Lovaina 1971 hizo la sugerencia de realizar un estudio sobre «modelos

Universidad Pontificia de Salamanca

de unidad y de unión». La comisión opinaba que dadas las considerables transformaciones que han tenido lugar en los últimos años, una cuidadosa reflexión sobre distintos modelos de unidad y de unión podría contribuir al progreso. ¿Qué se puede decir sobre el particular?

Vayan, en primer lugar, unas consideraciones acerca de los modelos de unidad. No se puede ni exagerar ni minusvalorar la importancia de los modelos que las Iglesias puedan esbozar sobre la unidad. El modelo de unidad que una Iglesia representa no expresa todo lo que implica su unidad. Si bien el modelo articulado puede ser importante, la unanimidad sobre el modelo de la unidad no puede superar la separación. Los factores que no están articulados en el modelo siguen todavía causando la separación. A fin de cuentas, la unidad no consiste en el modelo que la Iglesia tenga, sino en la comunidad que vive. Pero, por otra parte, tampoco se ha de minusvalorar la importancia de los modelos. Ellos son causa de reacciones espontáneas que caracterizan a cada una de las Iglesias dentro del movimiento ecuménico. Ellos ayudan a tomar decisiones a favor o en contra de determinadas proposiciones de unión entre las Iglesias. Sólo se podrá tomar una decisión que parezca contradecir al modelo articulado de unidad, cuando se demuestre que la contradicción no es de importancia decisiva.

No se han de acentuar demasiado las diferencias entre los distintos modelos de unidad. De alguna forma se da la coincidencia. Todas las Iglesias parten del supuesto de que la unidad ha sido dada en Cristo. Todas ven con claridad que unidad no es lo mismo que uniformidad, y que aquella no sólo permite, sino exige, muchas diferencias. Tampoco se pueden distinguir con toda claridad los distintos modelos. Bajo algunos aspectos se pueden descubrir muchos paralelismos. Las diferencias se hacen visibles, sobre todo, cuando se plantea la siguiente cuestión. ¿Qué signos visibles de unanimidad son necesarios para que se pueda hablar de unidad? Las respuestas a esta cuestión difieren mucho unas de otras. Algunos ejemplos nos los confirmarán [4]:

a) *Unidad espiritual.*

La comunidad de la fe es, por su naturaleza, espiritual. La unidad de la Iglesia no puede verse en ciertas características ex-

4. El autor propone varias tendencias u opiniones a modo de ejemplos.

Universidad Pontificia de Salamanca

ternas. Ella es la unanimidad de quienes creen en su corazón y viven una relación auténtica hacia Cristo. Su número es sólo conocido por Dios y sería apresurado el identificar esta comunidad con la Iglesia constituída visiblemente. Ciertamente, quien vive en la fe busca la comunidad. La comunidad de fe requiere una expresión visible. Pero ésta no puede quedar constituída por formas institucionales, sino que tiene que realizarse constantemente. Esto significa que la unidad, prácticamente, sólo puede ser reconocida por el Espíritu Santo. La unidad se da siempre que unos hombres se encuentran en fe y obediencia. La unidad suele darse por entre las confesiones y también por entre las Iglesias unidas. Por eso se hace cuestionable la importancia de la superación de las diferencias confesionales. ¿No se da de hecho la unidad espiritual? ¿Se habrá realizado ésta en mayor medida cuando las diferencias hayan quedado eliminadas?

b) *La unidad en la tradición viva.*

«La unidad se realiza a través de la tradición común. La Iglesia continúa en la historia la comunidad apostólica, por la fuerza del Espíritu Santo. Ella es una mientras se encuentre en esta tradición viva. Posee la misma confesión de fe que la primera comunidad. Celebra el culto como aquélla. Posee un ministerio que es la continuación del ministerio apostólico. Pero no experimenta la unidad por algunas características concretas, sino en cuanto que ella vive esta comunidad, sobre todo, cuando celebra la eucaristía. La oración para la presencia del Espíritu en la celebración eucarística expresa que Dios está creando continuamente la comunidad en una continuidad histórica. Por consiguiente, los cristianos separados sólo pueden reencontrarse si se dejan introducir en comunidad en esta tradición vital y vivida» [5].

c) *La importancia de la estructura episcopal.*

La estructura episcopal de la Iglesia es, en algunos modelos de unidad, de decisiva importancia. La Iglesia es visiblemente una cuando los obispos están unidos en comunidad. El obispo

5. Esta descripción está tomada del informe de una reunión de *teólogos ortodoxos* que tuvo lugar en Ginebra en agosto de 1973. Cf. *Minutes of the Working Committee, Commission on Faith and Order 1973,* Ginebra, WCC, 1973, p. 46f. y el artículo *infra* del Prof. Ion Bria.

Universidad Pontificia de Salamanca

no es considerado aquí como persona individual, sino como representantes de la comunidad de la cual él es responsable. La comunidad no existe, naturalmente, a capricho de los obispos, sino que únicamente puede darse por la común y reconocida unidad con la comunidad apostólica. Pero la función episcopal es esencial para la unidad. La unidad puede encontrar una expresión real solamente por medio de esta función, y, apenas se puede pensar en una unión, si las iglesias no episcopales no introducen la estructura episcopal. La comunidad de los obispos entre sí puede realizarse de diversa forma. En esto, los distintos modelos de unidad difieren entre sí. Las diferencias se extienden desde la concepción romano-católica del primero dentro del colegio de los obispos, hasta la Iglesia anglicana, que no tiene una respuesta clara para este problema, sino que se contenta con considerar la función episcopal como imprescindible para la Iglesia (Lambeth Quadrilateral).

d) *Unidad en la proclamación auténtica del mensaje y en la administración de los sacramentos.*

Por otra parte, el presupuesto para la unidad de la Iglesia sólo puede ser visto en la común y «auténtica proclamación de la palabra y administración de los sacramentos». En este modelo, el número de características externas queda reducido notablemente. Para que se pueda hablar de unidad, sólo se requiere la unanimidad en la doctrina de la Iglesia y en la administración de los sacramentos. La jerarquía común puede ser también importante, pero no se acentúa con la misma fuerza. El acento se coloca aquí, más bien, en las fuentes, de las que puede surgir de nuevo la unidad. Si se conservan éstas sin falsificarlas, permanecerá también la Iglesia en su pureza y unidad. La Iglesia no necesita de uniformidad. Por eso, este modelo de unidad permite, en principio, muchos matices. La Iglesia, en sus «ceremonias» externas puede presentar una gran variedad.

e) *Unidad en una meta común.*

Finalmente, se puede presentar la opinión de quienes opinan que la unidad tiene que estar fundada en sentimientos comunes y en una disposición para la acción. Las interpretaciones de la fe pueden variar mucho y siempre que estas interpretaciones no se traduzcan en acciones concretas, pueden permanecer separadas. Por el contrario, la unidad de la Iglesia será restablecida por la

Universidad Pontificia de Salamanca

disposición común para la acción. Este modelo se basa en el principio de que «la doctrina separa, la praxis une». Pero se fundamenta también en los grupos de acción, ya mencionados, que se forman en torno a una meta determinada y práctica.

La lista podría alargarse sin dificultad. Los cinco modelos mencionados pueden poner de manifiesto cuánto difieren las Iglesias en sus presupuestos. Los modelos citados son susceptibles de algunas variantes. Ninguna Iglesia permite que se la identifique totalmente con uno o con otro modelo. Cada una tiene su concepción especialmente característica.

En el encuentro ecuménico se manejan todos estos modelos. Aunque, por una parte. las Iglesias se encuentran recíprocamente, por otra, están opuestas entre sí. La comunidad que puede darse entre las Iglesias, se determina principalmente por ellas mismas. Pero, al mismo tiempo, las Iglesias quedan también cuestionadas en dicho encuentro. ¿Pueden permanecer las Iglesias sin ninguna clase de limitaciones? ¿No deben aprender unas de otras? ¿No debe actuar el encuentro ecuménico como un crisol en el que se fundan los diferentes modelos y surja así un nuevo modelo más perfecto? El movimiento ecuménico ha actuado, de hecho en esta línea. En ello han jugado un papel importante los siguientes factores:

a) *La variedad del testimonio bíblico.*

En los últimos años se ha planteado, de forma cada vez más necesaria, la cuestión de si se puede deducir realmente del Nuevo Testamento un único modelo de la unidad de la Iglesia. Las Iglesias partían al principio del supuesto, de que esto es fundamentalmente posible. Estaban persuadidas de que el modelo de unidad que ellas vivían radicaba en el Nuevo Testamento o, al menos, se podía fundar en él. Todas estaban de acuerdo en que debían de someterse con sus respectivos modelos al juicio de la Sagrada Escritura y esperaban que del confrontamiento con la Biblia podría resultar el único modelo correcto de unidad. Pero pronto descubrieron que cada uno de esos modelos, a la luz del testimonio de la Escritura, presentaba reducciones. Comprendieron que también las otras Iglesias podían apoyarse con algún fundamento en la Biblia. La acentuación exagerada y parcial de algunos elementos en la estructura de la Iglesia necesitaba corrección. En este sentido, es especialmente instructiva una idea de la Conferencia para la fe y constitución de las Iglesias en Lausana (1927). Los delegados se pusieron de acuerdo en considerar

Universidad Pontificia de Salamanca

que tanto la estructura episcopal, como la presbiterial y la congregacionista se derivan del Nuevo Testamento[6]; por ello representaron la opinión de que todas estas estructuras tienen que ser respetadas de forma conveniente en una Iglesia unida. Se alcanzó, pues, un único modelo por vía de acumulación. Pero entre tanto, la discusión ha seguido adelante. ¿Se puede aceptar que el Nuevo Testamento contiene un único modelo de unidad? ¿No aparecen en realidad, en los distintos escritos del Nuevo Testamento, diferentes modelos? ¿Se puede poner a Pablo, a los Hechos de los Apóstoles, al evangelio de Juan y a las cartas pastorales bajo un denominador común? O por el contrario, ¿no descubrimos diferentes tipos de unidad? Si así fuese, la discusión ecuménica recibiría una nueva orientación sobre la unidad. En vez de buscar un único y auténtico modelo, habría que preguntarse por la relación de los diferentes modelos. La importancia de este nuevo planteamiento en el encuentro ecuménico está lejos de haber desaparecido.

b) *Los diferentes modelos están históricamente condicionados.*

La experiencia de las enormes transformaciones históricas en las últimas décadas ha hecho que seamos más sensibles a los condicionamientos históricos de los diferentes modelos de unidad. Ciertamente, cada uno de los modelos citados representa un intento de fidelidad a la unidad confesada en el Credo. Dicho intento se vive en última responsabilidad ante el Señor de la Iglesia. Por eso, no se puede abandonar, sin más, dicho modelo. Pero el intento se realiza en un determinado momento histórico y los condicionamientos y experiencias de este momento repercuten, en parte, en los acentos recargados que caracterizan un modelo concreto. Por ejemplo, la importancia de la estructura episcopal para la unidad de la Iglesia fue reconocida en la controversia con la gnosis. El papel que los concilios jugaron para la unidad se puso de manifiesto en la Iglesia imperial en estado de transformación. Este modelo quedó modificado en los siglos posteriores, según las circunstancias concretas. El modelo de Augustana VII se hace totalmente comprensible, cuando la experiencia de la escisión se relaciona con la tradición externa en la que se habían movido los Reformadores. O sea, que los diferentes modelos pueden tratarse históricamente. ¿No se sigue de

6. VISCHER, L., *Textos y Documentos de la Comisión Fe y Constitución*, Madrid (ed. BAC) 1972, p. 32, n. 39.

Universidad Pontificia de Salamanca

aquí, que pertenece a cada generación el dar con un modelo de unidad que corresponda a la época? ¿Y que, por consiguiente, el modelo que todas las Iglesias han de conseguir no consiste en la suma de modelos, sino en una respuesta común a las exigencias de la época?

c) *La importancia de otros factores no mencionados en los modelos oficiales.*

La validez de los modelos queda también cuestionada desde que las Iglesias comenzaron a ver con claridad que la Iglesia necesita, en realidad, para su consistencia, de otros factores. Los análisis psicológicos y sociológicos pusieron de manifiesto, que junto a los modelos sobre la unidad se han de tener en cuenta otras cosas. Historia común, experiencias comunes, espiritualidad común, intereses comunes, etc., tienen, en este sentido, decisiva importancia. Estos factores pueden repercutir en las Iglesias tanto de forma positiva como negativa. Pueden crear, actuando juntos, un suelo común sobre el que es posible una comunicación real que llegue hasta las últimas profundidades del sentimiento. Pero al mismo tiempo, pueden constituir un impedimento en relación a la unidad; pueden encerrar a una Iglesia en su propia identidad, imposibilitando así la marcha hacia la renovación. Estos factores tienen su propia importancia, independientemente de los modelos de unidad y de sus fundamentos y exigencias ideales. Sólo, si dichos modelos toman en consideración estos factores, todavía un tanto olvidados, puede ser descubierto el camino para la comunidad.

III. Modelos de union

Las reflexiones hechas hasta aquí están basadas en la primera parte del estudio propuesto por la comisión para la fe y constitución de las Iglesias: «modelos de unidad y unión». Bajo modelos de unidad se entendía los que cada una de las Iglesias o movimientos aportaban al movimiento ecuménico. Pero ¿cómo puede restablecerse la unidad entre iglesias con modelos diferentes? ¿Ha podido presentar el encuentro de las Iglesias en el movimiento ecuménico soluciones de importancia? O dicho con otras palabras: ¿Existen modelos de unión? Mencionemos algunos ejemplos:

Universidad Pontificia de Salamanca

a) *Movimientos interconfesionales.*

La unidad puede realizarse sólo cuando cristianos de diversas Iglesias, ocasionalmente también grupos de diversas Iglesias, fundados en su obediencia a Cristo, se encuentran y se reúnen con una meta común para un movimiento. El acento en este caso no recae en la unión de las comunidades que existen separadas. Se trata más bien de expresar la comunidad espiritual de aquellos que están unidos entre sí en Cristo por el testimonio y la acción que en cada caso se exija. Aquí la meta puede ser distinta. Puede consistir en la proclamación del Evangelio o en una tarea política y social. La unidad debe aparecer siempre de nuevo en la continua prosecución de las metas exigidas por la situación. La unidad no abarca de antemano la totalidad de las comunidades, sino consiste en hacer posible que se dé el fermento exigido en el momento necesario. Se pueden mencionar ejemplos de diversa naturaleza para este modelo, comenzando desde la Alianza evangélica hasta los grupos transconfesionales de acción política.

b) *Federaciones.*

El camino para la unidad puede recorrerse por la formación de una federación o de un Consejo de Iglesias. La integración en una comunidad hace posible una cierta comunitaridad en las Iglesias separadas. Estas permanecen como realidades autónomas. Mantienen su nombre y la libertad de decisión. Pero están en un continuo intercambio. A pesar de las limitaciones necesarias ellas dan un testimonio común. Están, por ejemplo, en situación de adoptar actitudes comunes. Se reparten determinadas tareas. Dicho brevemente: realizan juntas lo que han decidido libremente realizar juntas. La federación puede ser, según circunstancias, más amplia o más limitada. Puede consistir en una unión que apenas implique obligaciones. Pero puede consistir también en un Consejo en el que haya tanto de común, que la identidad especial de cada una de las Iglesias vaya quedando en el transfondo. En todo caso, lo característico es que las Iglesias conservan sus peculiaridades de doctrina y de vida y, fundamentalmente, poseen la libertad de determinar la medida del trabajo conjunto y de abandonar la asociación si fuere necesario. La importancia de la federación puede valorarse diversamente. Mientras que unos la conciben como una solución intermedia hacia el camino de la unidad, piensan otros que constituye una expresión suficiente de unidad,

Universidad Pontificia de Salamanca

es más, que una integración más rígida ni siquiera es de desear. Para éstos la federación es un modelo propio de unión.

c) *Unidad en la forma de pleno reconocimiento mutuo.*

Puede considerarse como restablecida la unidad, cuando dos iglesias son capaces de reconocerse mutuamente en un grado elevado. Las dos partes están entonces en situación de comprenderse mutuamente y sin prejuicio como Iglesia de Jesucristo. Por eso se pueden aceptar recíprocamente. Pueden celebrar juntas la eucaristía. Pueden permitir que los ministros de la otra iglesia realicen también sus funciones en la propia iglesia. En todo caso, el reconocimiento mutuo no cambia la figura de ambas Iglesias adquirida en la historia. Unicamente se sacan consecuencias de tipo organizativo cuando el testimonio y el servicio lo requieren con urgencia. Las condiciones para el mutuo reconocimiento cambian, naturalmente, según las partes que entran en relación. Ejemplos de esta clase de unión son los acuerdos tomados entre la Comunión anglicana y la Iglesia vetero-católica, la comunidad de Iglesias propuesta entre las Iglesias luteranas y reformadas en Europa, etc.

d) *Unión orgánica.*

Cuando se habla de unión, se piensa espontáneamente en el modelo de unión orgánica. Las Iglesias separadas forman, en este caso, una comunidad que tiene su propia identidad nueva. Están empeñadas en alcanzar una confesión de fe común, persiguen la unanimidad en los sacramentos y en la jerarquía, constituyen una única estructura organizativa que les permite aparecer como una única iglesia. Las Iglesias con su nombre especial forman una comunidad con una nueva denominación. Ciertamente, el pasado de cada una de las Iglesias no desaparece, pero se convierte en un pasado común. No siguen viviendo sus tradiciones especiales, sino que comienzan a vivir con decisión una tradición común. En la mayor parte de las gestiones de unión subyace el modelo de unión orgánica. Naturalmente, también aquí surgen diferencias según las partes que intervengan en las gestiones. Las condiciones para la formación de una unión orgánica difieren en unas gestiones y otras [7]. Pero en todo caso, la meta en este modelo consiste en que surja una *única* Iglesia unida.

7. Véase *infra* el art. de G. F. MOEDE.

Universidad Pontificia de Salamanca

Podría ampliarse la lista de posibles modelos. Pero estos cuatro ejemplos describen los tipos más importantes de unión que han sido y todavía son determinantes en el movimiento ecuménico. Pero ahora se plantea la siguiente cuestión: ¿cómo hay que juzgar estos modelos? ¿En qué medida realizan la llamada a la unidad, que Cristo hace hoy a sus discípulos? ¿Se puede presentar uno de estos modelos como *el* modelo para el movimiento ecuménico? No se debería dar una respuesta precipitada a esta cuestión. Ciertamente en un primer momento no parece difícil la elección. Pero hemos de tener en cuenta que ninguno de los cuatro modelos puede ser aceptado como *el* modelo para la unión por *todos* los que intervienen en el diálogo ecuménico. Cada cual, de acuerdo a su concepción de la unidad, prefiere su modelo. ¿No es esto una señal de que todavía hace falta más claridad y de que hemos de estar dispuestos a buscar nuevas ideas? Mientras las Iglesias van realizando la unidad según este o aquel modelo, verán progresivamente con más claridad cómo ha de ser la unidad de todos los cristianos.

Tres reflexiones pueden contribuir quizá un poco a ganar en claridad:

a. *La unión orgánica como opción primaria*

Los cuatro modelos se distinguen entre sí, en primer lugar, por el distinto grado en que realizan la unidad visible. Mientras que, por una parte, las Iglesias permanecen como tales y, por otra, son las que componen la nueva comunidad, la unión orgánica tiende a establecer una comunidad en la que se hayan superado las escisiones históricas, y, los límites del testimonio y servicio común no sólo pueden ser rebasados, sino que lo tienen que ser. ¿Qué grado de unidad se ha de buscar? ¿Somos suficientemente fieles a la oración de Cristo con una comunidad abierta? ¿O se requiere una compenetración recíproca más completa? La respuesta está clara. La unidad hay que realizarla de forma que cada parte aparezca como miembro de una única Iglesia. La orientación común hacia el testimonio en el mundo no puede quedar perturbada por ataduras de naturaleza histórica. La Iglesia debe empeñarse, libre y abiertamente, en las tareas que en cada caso se presenten, sobre todo, hoy, que cambian con tanta rapidez. El único modelo que satisface esta exigencia es la unión orgánica. Las declaraciones de las sesiones generales de Nueva-Delhi y Upsala se mueven en esta dirección. La «comunidad plenamente

Universidad Pontificia de Salamanca

comprometida», exigida en Nueva-Delhi, sólo puede realizarse por medio de la unión orgánica de los cristianos «en cada lugar». La catolicidad descrita en Upsala, que rompe de manera eficaz los muros de separación entre los hombres, presupone la «comunidad plenamente comprometida». Los modelos del movimiento, de la federación y del reconocimiento recíproco no son capaces de realizar este grado de comunitariedad.

Pero con ello no queda dicho todo. Las reservas frente al modelo de unión orgánica, que hoy están muy extendidas, no sólo son el resultado de la dificultad de conseguir una «comunidad plenamente comprometida». Tampoco son simplemente consecuencia de la desesperación ante una tarea que está por encima de las posibilidades y fuerzas de las Iglesias. Los motivos son más profundos. ¿Realiza realmente la unión orgánica, al menos como hoy es ésta entendida en general, la unidad que hoy se debe exigir? ¿No se crea con ello una institución en la que no puede quedar expresada vitalmente la comunidad? Vivimos en una época en la que la Iglesia, más que nunca, debe ser capaz de nuevos y constantes planteamientos e iniciativas. ¿Puede realizar esto la unión orgánica? ¿No está demasiado determinada todavía por la imagen de las confesiones existentes hasta ahora? ¿No debería la unión conducir a una forma de unidad que permita un espacio más amplio de movimiento? El modelo de la unión orgánica podría estar necesitado, por eso, de revisión y una nueva interpretación. Su importancia no quedaría por eso disminuida. Siempre será decisivo el que las Iglesias progresen tanto en el camino de la unidad que pueda hablarse de una verdadera reconciliación. Precisamente por este motivo es importante que se profundice en la reflexión sobre este modelo.

b. *Unidad a distintos niveles.*

Cuando se habla de un único modelo de unidad no se diferencian suficientemente los distintos niveles de la vida eclesial. Federación no significa lo mismo según se trate de un nivel local, regional o universal. En sentido positivo o negativo, cada nivel representa algo distinto y, por eso, es absolutamente pensable que fórmulas de federación sean insuficientes para un nivel local, mientras que pueden constituir una solución adecuada a nivel internacional. Lo mismo se puede decir en relación a la unión orgánica. ¿Qué es la unión orgánica a nivel local, regional e internacional? Cada nivel exige condiciones especiales que hay que

Universidad Pontificia de Salamanca

respetar. La reflexión sobre la unión a nivel internacional no ha progresado mucho hasta ahora. Cuando se habla de unión orgánica, pensamos espontáneamente en uniones nacionales. La situación ha comenzado a cambiar en los últimos años. Las numerosas conversaciones bilaterales a nivel universal plantean necesariamente la cuestión de cómo las Iglesias pueden formar una comunidad universal. Pero con ello aparece en seguida que ésta es una cuestión *sui generis*. Las esperanzas con las que se llevan a cabo conversaciones a nivel internacional no pueden ser las mismas que las correspondientes a otros niveles. La mayoría de las Iglesias no tienen ideas claras acerca de la unidad a nivel universal. En el encuentro con otras Iglesias no pueden, por tanto, echar mano de modelos ya existentes. Las conversaciones bilaterales tienen que ser todavía trabajadas. La reflexión sobre modelos de unión gana con ello nuevas perspectivas. Ya no se trata, solamente, de discutir, en general, las ventajas o desventajas de este o aquel modelo, sino que es necesario conseguir modelos para cada uno de los niveles de unión. La tensión entre conversaciones bilaterales y gestiones de unión no constituye, preferentemente, una tensión entre dos modelos generales y distintos, sino entre dos niveles distintos de unión.

c. *Unidad en regiones distintas.*

La cuestión se plantea todavía de manera más radical. ¿Es necesario que se realice la unión en cada continente y en cada país en base al mismo modelo? ¿Tienen que haber realizado la unión de la misma manera todas las Iglesias reunidas? ¿O es posible que, según sea la situación, se empleen diversos modelos de unión? Puede suceder que en un continente, donde las Iglesias cuentan con una larga historia, haga falta un modelo distinto al que se requiere en continentes de más joven historia. La supresión expresa de condenaciones hechas en el pasado puede ser, por ejemplo, en el primer caso, más importante que en el segundo. Un número de pequeñas comunidades esparcidas más allá del país necesitan una forma de unidad distinta a la de una Iglesia, cuyas comunidades viven en permanente contacto. Una pequeña minoría en un país, que en su mayor parte pertenece a otra religión, necesita de otras estructuras que una Iglesia que casi abarca a toda la población y, por consiguiente, tiene algunas responsabilidades culturales y sociales. Las diferencias étnicas y lingüísticas pueden ser, unas veces, superadas por medio de una integración organizativa, y, otras, por medio de una diferenciación también de

Universidad Pontificia de Salamanca

tipo organizativo, Por consiguiente, no se ha de excluir que el camino hacia la unidad en diversas regiones deba abrirse con la ayuda de modelos distintos.

IV. La realizacion de la unidad

Está claro que la unión no puede llevarse a cabo únicamente por el camino de la unanimidad de modelos, sino que implica un proceso más complicado, que tiene que realizarse simultáneamente a distintos niveles. Por eso, es importante hacer algunas reflexiones sobre las mejores condiciones en orden a la consecución de la unidad. ¿Qué se ha de tener en cuenta? ¿Cómo se puede activar, de la mejor manera, a todo el movimiento ecuménico por medio de un limitado y concreto proyecto de unión?

a) *Consensus vivo.*

Todo intento de conducir a la unidad a las Iglesias separadas ha de estar acompañado por la preocupación de llegar a un consensus. Las Iglesias tienen que ser capaces de articular lo que puede mantenerlas unidas. Urge una concientización de lo común. A la larga, la comunidad sólo puede subsistir si dispone de ciertos elementos comunes de expresión verbal. Sólo así resultan posibles la comunicación y el entendimiento. Si esta comunitariedad no se expresa en una confesión de fe común, tiene que darse a otro nivel. Los esfuerzos por una unanimidad que haga posible el intercambio son, en todo caso, esenciales. El trabajo cuidadoso por llegar a un consensus, incluso si se trata de un consensus verbal, no debe ser desestimado en su importancia.

Pero es importante el tener en cuenta hacia dónde ha de apuntar dicho consensus. Espontáneamente se tiende a conseguir unanimidad sobre las diferencias que han separado a las Iglesias en el transcurso de los siglos. ¿No se conseguirá necesariamente la unidad cuando se hayan eliminado los motivos que han causado la separación? No puede dudarse de la necesidad de este empeño. Las diferencias, que en el transcurso de los tiempos han adquirido carácter simbólico y que, por consiguiente, por la fuerza propia de todo símbolo, constituyen un óbice para la unidad, tienen que ser superadas por medio de un acto consciente de reconciliación. Pero este acto no significa necesariamente que la unidad pueda ser restablecida. El consensus sobre las diferencias hereda-

Universidad Pontificia de Salamanca

das y que causan la separación es, en cierto sentido, un «consensus negativo». Tal consensus indica que las diferencias del pasado no pueden tener en lo sucesivo fuerza de separación. Da luz verde y buena conciencia para la unión. Pero no proporciona aquella base común desde la que se pueda construir la comunidad que hoy se requiere. Ha transcurrido tiempo desde el momento de la separación. Los motivos de la separación no corresponden exactamente a los motivos de la unión. Entre tanto, han aparecido nuevos problemas. El consensus debe tender, pues, a lo que la Iglesia necesita hoy para establecer la comunidad.

Esto no quiere decir que el consensus positivo tiene que consistir necesariamente en una confesión de fe elaborada. Puede limitarse a algunas pocas afirmaciones fundamentales, si sólo está en relación a las condiciones del momento presente. Es más, hoy es quizá más importante que nunca, que no se formule el consensus de manera definitiva. La Iglesia tiene que comprender que dicha formulación ha de ser constante y dinámica. Para la unión no es tan importante un consensus ya alcanzado, como la capacidad de estar en situación constante de alcanzarlo.

b. *Verdadera identidad.*

La unión en una Iglesia presupone que cada una de las Iglesias cuestione su identidad formada en la historia y esté dispuesta a integrarla en el amplio marco de una nueva y más abarcadora identidad. Pero este paso lleva consigo grandes dificultades y, por eso, es importante que las Iglesias, que quieran realmente participar en el movimiento ecuménico, se preparen a ello con tiempo. Si ésto no sucede, pueden presentarse dificultades inesperadas en el umbral hacia la unidad. Este paso es difícil porque parece implicar una ruptura con el pasado de las iglesias y, con ello, también una ruptura consigo mismas y, por eso, a primera vista, representa una imposibilidad tanto para la razón como sobre todo, para el sentimiento. ¿Cómo puedo yo dejar de ser yo mismo? Una Iglesia sólo puede entrar en esta nueva unidad si no tiene que romper la relación con su propio pasado. La dificultad es tan poderosa que puede socavar el empeño de las iglesias por la unidad. Ciertamente, participan en el movimiento ecuménico, pero siempre con la esperanza de que la última consecuencia no ha de llegar para ellas. No emprenden sus actividades ecuménicas con la esperanza de que en la comunidad con otras iglesias habrán de lograr una nueva identidad histórica más amplia. Antes bien,

Universidad Pontificia de Salamanca

estas actividades sirven para confirmar de forma nueva su actual identidad. Ellas suplantan el rostro confesional de la Iglesia por un rostro «ecuménico». Pero los esfuerzos ecuménicos de las iglesias no pueden, en realidad, tener más éxitos. No son sino un baile continuo— más o menos afortunado— alrededor de las identidades sólidamente establecidas de la Iglesia.

La reflexión sobre la verdadera identidad pertenece a la preparación espiritual para la unidad. Las Iglesias tienen que estar tan penetradas de la oración por la unidad, que la pérdida y el reencuentro de la identidad se conviertan, de alguna manera, en el ritmo de su vida. La dificultad es de carácter general. Hay circunstancias en las que la identidad se pone de manifiesto de manera especial y, por consiguiente, la lucha por la pérdida o continuidad de la identidad se concentrará en torno a estos «símbolos» de identidades. Determinadas formulaciones, formas de culto o estructuras de organización pueden tener esta importancia simbólica. La renuncia a la denominación es un test de especial importancia. Ya han fracasado uniones ante este obstáculo. Por una parte, la denominación es señal de identidad. Por eso hay que conservarla. Por otra parte, la denominación recuerda que la iglesia ha surgido por iniciativa y obra de Dios. El, en su obrar, es el garante de la verdadera continuidad. Por consiguiente, la nueva denominación puede ser una señal de que, en definitiva, no se ha dado una ruptura.

c. *Necesidad de la planificación.*

Cuando se emprenden gestiones, es importante que las partes interesadas lleven a cabo un análisis cuidadoso, tanto de sí mismas, como de la situación en que se encuentran. ¿Quiénes somos nosotros? ¿Cuál es la situación que nos rodea? En dichas gestiones se han de preguntar continuamente qué meta quieren alcanzar. ¿A dónde queremos llegar? ¿A dónde podemos llegar en unas circunstancias concretas? Con frecuencia se emprenden gestiones con cierto entusiasmo ingenuo. Se abrigan esperanzas de llegar a su debido tiempo, a soluciones concretas. En algún sentido esto está bien. El camino hacia la unidad es un camino hacia lo incierto. El trayecto siguiente aparecerá cuando se hayan dado los primeros pasos. No es incorrecto el que se haya comparado el movimiento ecuménico con el viaje de Abraham. Pero esto no significa que no se hayan de realizar análisis y planes. Se pueden prever algunos obstáculos y, por consiguiente, se puede

Universidad Pontificia de Salamanca

medir hasta cierto grado qué metas son realistas. El análisis tiene también su importancia porque al preverse algunos obstáculos, éstos pueden ser mejor superados.

La planificación ha de tener también en cuenta qué decisión se ha de tomar y en qué momento. Si las gestiones se dilatan mucho sin que se llegue a una decisión, puede suceder que la disposición para esta decisión comience a desmoronarse. Si el comienzo de las gestiones tiene lugar con grande lujo publicitario y después, durante mucho tiempo, no sucede nada, aparece con facilidad la indiferencia. Las iglesias deben de comenzar las gestiones con pronósticos moderados de un posible progreso. Si las esperanzas son muy elevadas, difícilmente se podrán evitar los desengaños. Las decisiones tienen que seguir un ritmo normal.

La planificación lleva consigo el que los esfuerzos por la unión no queden aislados de la restante vida de la Iglesia. Mientras se lleven a cabo las gestiones, las iglesias participantes deben moverse en la misma dirección. Tienen que tratar temas parecidos y afinar entre sí sus posturas. Si las gestiones llegan a buen término, los responsables deben permanecer en contacto no sólo en lo que se refiere al angosto campo del problema de la unidad. Deben de cuidar un intercambio regular sobre todas las cuestiones que conciernen a la vida de la Iglesia. Si hubiera llegado el momento de la decisión, debe de existir tanto de común que no parezca demasiado grande el siguiente paso a dar. Si las gestiones se llevan a cabo sin esta preparación, el paso hacia la unidad será rechazado o será ineficaz para la vida de la Iglesia.

La decisión para la unión ha de ser una decisión de la Iglesia. Por consiguiente, no será tomada por elementos aislados, sino por toda la Iglesia. Las comunidades, a su debido tiempo, han de tener ocasión de discutir el plan. Si se olvida esto, puede suceder que las Iglesias no respalden la unión propuesta. Esta queda como idea y deseo de un grupo reducido y la Iglesia puede oponerles resistencia o dejarles actuar por falta de interés. Esto no quiere decir, necesariamente, que las gestiones tengan que realizarse a base de consultas continuas con las comunidades. Estas no están en situación de responder a todo. Algunos problemas tienen que ser tratados y resueltos en gremios relativamente pequeños. Ante todo, hay que aclarar en primer lugar, si es posible y de qué forma una unión. Las comunidades podrían participar cuando se pueda proponer la unión como perspectiva concreta. Pero siempre, partiendo de que el pensamiento ecuménico como tal no sea una novedad para la comunidad.

Universidad Pontificia de Salamanca

¿Merece la pena tanto esfuerzo? ¿Hay proporción entre lo que se consigue por medio de la unión y las energías que hay que gastar para llegar a la meta? La planificación no puede eludir esta cuestión. Los debates en torno a un plan de unión pueden llevar al cansancio a las iglesias que participan en tales debates. Se dé o no el paso, el resultado permanece dudoso. Si un proyecto de unión estuviese amenazado por este resultado, habría que prescindir por el momento de él. Las Iglesias respectivas no están en condiciones de realizar esta tarea y no ha llegado todavía el tiempo para la unidad. La unión ha de llevarse a cabo de tal forma, que de ella surja una comunidad internamente libre, capaz de realizar otros encuentros en el movimiento ecuménico. De hecho, la planificación de cara a la unidad no suele ser demasiado atrevida, sino más bien demasiado tímida. Se minusvalora la disponibilidad de las Iglesias para dar el paso hacia la unidad. Los proyectos que se presentan suelen ser normalmente poco valientes. Las gestiones se estropean con frecuencia, porque no se pide lo suficiente a las Iglesias. Hay que ser realistas no sólo en la modestia, sino también en el valor hacia el futuro.

d. *Necesidad de una «estrategia» común.*

En la medida en que el movimiento ecuménico progrese, se hace más necesario plantearse la cuestión de cómo englobar y armonizar los distintos esfuerzos en pro de la unidad. En este sentido, la situación se ha hecho más complicada. Son muchos y diversos los esfuerzos que se hacen. Las Iglesias mantienen conversaciones a todos los niveles. Algunas conversaciones bilaterales han logrado una unanimidad importante. Las gestiones a nivel nacional continúan. Aunque no todas se vean coronadas por el éxito, en algunos casos, se puede hablar de una unión, y el número de Iglesias unidas ha crecido tanto, que comienza a plantearse la cuestión de sus relaciones respectivas. ¿Cómo pueden sintonizar todos estos esfuerzos? Se puede pensar que esta cuestión no necesita de reflexiones y afanes especiales, incluso, que es peligroso intervenir así en la dinámica del movimiento ecuménico. Si éste se desarrolla libremente, llegará, a su debido tiempo, a las metas dispuestas y queridas por Dios. Pero esta, de por sí recta, observación no basta para resolver la cuestión. En el movimiento ecuménico, además de la obediencia, ¿no hace falta que las Iglesias no derrochen sus energías sin ninguna planificación, sino que en su empeño tengan en cuenta los objetivos de

Universidad Pontificia de Salamanca

todo el movimiento ecuménico? Ilustremos esto con las siguientes consideraciones:

1) Iglesias que participan en unas conversaciones o gestiones concretas deben de plantearse cómo armonizar un determinado proyecto en todo el contexto del movimiento ecuménico. La tarea ecuménica no concluye al término de las conversaciones. Son necesarios nuevos pasos. Por eso, tomando las cosas en serio, la gestión no conduce a una Iglesia unida, sino a una Iglesia en la unión. Por eso cada Iglesia debe preguntarse, si el proyecto especial en el que participa, favorece este proceso o lo detiene. La unión puede aislar a una Iglesia en el movimiento ecuménico. La Iglesia unida debe estar preparada para nuevas iniciativas.

2) Una planificación sensata debe tender a que las Iglesias establezcan ciertas prioridades. Algunas Iglesias mantienen a un mismo tiempo, varias conversaciones. Los distintos compromisos pueden contribuir a que no pueda tomarse decisión alguna. Si, por ejemplo, las Iglesias luteranas de Europa restablecen la comunidad eclesial con las Iglesias reformadas, ¿no se arriesgará con ello su relación hacia la Iglesia Católico-Romana? O si la Iglesia Ortodoxa llegase a una unión con las Iglesias orientales ortodoxas, ¿no se abriría con ello una zanja mayor hacia el occidente? Por eso se hace necesario el dar preferencia a ciertos compromisos. Como regla general, ¿no habría que cuidar preferentemente aquellas relaciones que pueden conducir a resultados concretos?

3) La situación ecuménica puede complicarse cuando una Iglesia entra en relación con diversas familias confesionales y a distintos niveles. El progreso a un nivel puede resultar un obstáculo para el progreso a otros niveles. ¿No es por eso necesario que exista cierta correspondencia entre las conversaciones a distintos niveles? Un ejemplo: la Iglesia anglicana participa en muchas gestiones nacionales de unión. En ellas trabaja con Iglesias protestantes, especialmente con las Iglesias metodistas y presbiterianas. Pero a nivel mundial mantiene conversaciones con las Iglesias romano-católica, ortodoxa y luterana, o sea, precisamente con aquellas, con las que a nivel nacional no tiene en perspectiva ninguna unión. Pero, ¿no sería de decisiva importancia para las uniones a nivel nacional el que se realizasen gestiones a nivel universal entre la comunidad anglicana y la unión mundial metodista?

Universidad Pontificia de Salamanca

Se podrían mencionar más ejemplos. En todo caso parece importante que las Iglesias se hagan más conscientes de su postura en la totalidad del movimiento ecuménico. La época primera del movimiento ecuménico ha pasado. Las Iglesias han establecido ya estrechas relaciones entre sí. Por eso, las reflexiones en torno a la unidad que se hacían en un principio ya no sirven más. Las Iglesias tienen que plantearse los problemas que surgen de la comunidad que ahora existe.

V. La meta comun

¿No se puede decir todavía algo más acerca de la unidad que las Iglesias tienen que realizar hoy en el movimiento ecuménico? Si queremos aproximarnos más a la unidad, es manifiestamente decisivo el que esta pregunta encuentre una respuesta. Es obvio que todavía no puede darse una respuesta total. La separación de las Iglesias es todavía tan profunda que éstas no están aún en situación de ver comunitariamente la meta. ¿Es, al menos, posible describir esta meta a grandes rasgos? Incluso una descripción que no pase de ser un esbozo puede favorecer al movimiento.

Las Iglesias integradas en el Consejo Ecuménico han intentado siempre describir comunitariamente la unidad. Sin duda, el texto más conocido es la aclaración de la Asamblea Plenaria de Nueva Delhi. Esta insiste en que la unidad tiene que ser realizada en cada lugar y enumera los rasgos que deben caracterizar una «comunidad plenamente comprometida».

> «Creemos que la unidad, que es a la vez la voluntad de Dios y su don a su Iglesia, se hace visible en la medida en que, en todo lugar, todos los que son bautizados en Jesucristo y lo confiesan como Señor y Salvador son reunidos por el Espíritu Santo en una comunidad plenamente comprometida, que sostiene la misma fe apostólica, predica el mismo Evangelio, parte el mismo pan, se une en oración común que se manifiesta en testimonio y servicio a todos y que, al mismo tiempo, están unidos a toda la comunidad cristiana en todos los lugares y todas las épocas, de tal manera que ministros y miembros son aceptados por todos, y que

Universidad Pontificia de Salamanca

todos pueden hablar y actuar juntos, según la ocasión lo requiera, en las tareas a las cuales Dios llama a su pueblo» [8].

La cuarta asamblea plenaria de Upsala ha desarrollado más algunos aspectos de esta descripción [9]. Ha intentado profundizar en la unidad que buscamos, basándose en el concepto de la catolicidad. La confesión de fe habla de la única Iglesia católica, y la Iglesia sólo llegará a la unidad cuando sea realmente católica. La meta de la unidad se hará más visible cuando las iglesias consigan una comprensión común de la catolicidad de la Iglesia. El comunicado de la Asamblea Plenaria de Upsala pone especial acento en que la Iglesia será católica cuando sea una en Cristo y dé testimonio en su ser y en su vida ante el mundo entero de la reconciliación conseguida por Cristo. ¡Fundada en Cristo y orientada a toda la humanidad! Por consiguiente, para ser católica tiene que vivir en la plenitud de verdad y vida y, al mismo tiempo, tiene que introducirse constantemente en nuevos campos de la vida humana. Puesto que el amor de Dios es universal, la Iglesia tiene que ser un signo que haga visible a todos los hombres este amor de Dios. Tiene que aparecer ante la humanidad como *una* comunidad unida en el amor de Dios —su cuerpo, su esposa, su templo— y, al mismo tiempo, tiene que responder con un rostro siempre nuevo a las muy diversas situaciones. Tiene que romper las barreras que separan a los hombres. A los oprimidos y despreciados, a aquellos que nada valen ante el mundo, no sólo ha de anunciar la libertad, sino ofrecerles su comunidad. Debe cuestionar la fuerza de los poderosos sin abandonarlos. Debe de actuar como fermento de reconciliación, donde los hombres se enfrentan irreconciliables. La Iglesia será católica cuando sea capaz de cumplir estas tareas como signo del amor de Dios.

Todavía habría que decir más cosas sobre la discusión desde la Cuarta Asamblea Plenaria. Dos aspectos merecen acaso especial mención.

a. *La Iglesia como «signo»*.

Si queremos hacer progresos en la descripción de la meta común, podría ser provechoso el profundizar en el concepto de

8. Nueva Delhi 1961: VISCHER, *o. c.*, p. 151.
9. VISCHER, *o. c.*, p. 239 = *Upsala 1968*, Salamanca (ed. Sígueme) 1969, p. 37.

Universidad Pontificia de Salamanca

la Iglesia como signo [10]. ¿Qué afirmamos acerca de la unidad cuando hablamos de la Iglesia como signo que refleja el amor de Dios? En primer lugar, que la unidad no consiste en estructuras externas, sino que es una cualidad, que debe caracterizar a la Iglesia en cada situación. Sólo puede llamarse una si en realidad es este signo. Pero el concepto de signo pone de manifiesto que la unidad no es algo que se consigue de una vez para siempre. No es tanto un estado o situación, como el resultado dinámico de un movimiento que tiene su origen en Cristo Jesús. El, con su venida, ha abierto una nueva posibilidad de comunidad entre los hombres. Toda unidad en su nombre, que es o ha de ser realidad, está fundada y anticipada en El. Pero lo que en El se ha dado, tiene que evolucionar y desarrollarse continuamente en la historia.

La revelación de Dios en Cristo es —en el sentido literal de la palabra— misterio fundamental; ella es *el* sacramento. En el encuentro de Cristo con los discípulos y la primera comunidad podemos reconocer en qué consiste la comunidad que El ha fundado. Quien entre en contacto real con El, se apercibe de su miseria. ¡Apártate de mí, pues soy un pecador! Pero experimenta aún más el amor que sobrepuja toda miseria, la fuerza del Espíritu, que abre un futuro a su vida. La unidad se realiza a través de esta doble experiencia.

El Nuevo Testamento nos informa de cómo se realizó la comunidad en los primeros tiempos. El Nuevo Testamento no contiene una doctrina sistemática sobre la unidad de la Iglesia; sólo nos da una idea de los diversos estadios de la historia que la comunidad ha recorrido; y esta historia está caracterizada por una tensión profunda entre el ideal de comunidad que surge del contacto con Cristo y la vida real de las comunidades. Esta tensión puede apreciarse, por ejemplo, en la narración de Pentecostés. Los discípulos ven en una experiencia visionaria lo que es la comunidad que Cristo ha constituido; una comunidad carismática, en la que cada uno de sus miembros ha recibido el Espíritu. La separación entre naciones, lenguas, generaciones ya no tiene lugar. Todos viven bajo la actuación del mismo Espíritu y sus diferencias se convierten en dones que se complementan. Pero esta visión tiene que cristalizar dentro de las tensiones de la verdadera historia, incluso, hay que decir que la importancia de la comunidad fundada por Cristo sólo pudo quedar claramente de manifiesto

10. Así lo hizo Upsala, Ibidem.

Universidad Pontificia de Salamanca

en la confrontación con dichas tensiones. ¿Implicaba la comunidad de Cristo la comunidad con los samaritanos? ¿Incluía también a los incircuncisos? El Nuevo Testamento deja ver que las respuestas a estas cuestiones no eran del todo fáciles para la Iglesia primitiva, y, si la visión pudo finalmente realizarse en la práctica, la historia que describe el Nuevo Testamento está llena de fallos, compromisos y colisiones entre los jefes de la comunidad. Había que luchar siempre por la unidad.

¿Y no continúa esta lucha en formas siempre nuevas a través de los siglos de la historia? No se trata tanto de conservar una unidad ya establecida. Se trata más bien de que la Iglesia se sitúe en la continuación de aquel movimiento que con carácter ejemplar aparece en las primeras décadas. Así como la Iglesia fue en otro tiempo signo misterioso de Cristo e instrumento de su anuncio en las tensiones de la historia, eso mismo debe ser también hoy en las condiciones de la época presente. Dios ha prometido a la Iglesia el que pueda realizarse continuamente y por eso debe ella vivir y luchar en la constante esperanza de dar nuevo cumplimiento a esta promesa.

b. *Comunidad conciliar de las Iglesias.*

Las discusiones sobre la unidad de la Iglesia desde la Cuarta Asamblea Plenaria han puesto sobre el tapete, de manera especial, los conceptos de conciliarismo y de comunidad conciliar. ¿Se puede acaso describir a la Iglesia única, que nosotros tratamos de realizar, como una comunidad que es capaz de responder y resolver los problemas que se le presentan en auténtica consulta conciliar?

El problema fue ya estudiado por la comisión para la fe y constitución de las Iglesias de la Cuarta Asamblea Plenaria. Una comisión, en la que estaba notablemente representada la teología ortodoxa, realizó en 1966 un informe sobre la «importancia de los concilios de la Iglesia antigua para el movimiento ecuménico» [10a]. Los resultados de este estudio fueron recogidos por la cuarta asamblea plenaria; dichos resultados quedaron reflejados en las dos recomendaciones siguientes:

> «Se da una experiencia verdadera de la universalidad por la creación de comunidades confesionales, regiona-

10ª. *Konzile und die ökumenische Bewegung.* Studien des Oekumenischen Rates, n. 5, Ginebra 1968.

Universidad Pontificia de Salamanca

les e internacionales... El movimiento ecuménico contribuye a dilatar esta experiencia de universalidad y sus consejos regionales, así como el Consejo Ecuménico de las Iglesias, puede ser considerados como una solución provisional, hasta que se realice una *forma* verdadera, universal, ecuménica y *conciliar de la vida y del testimonio común*».

«Las Iglesias, miembros del Consejo Ecuménico de las Iglesias, que recíprocamente están comprometidas, deben de trabajar en lo sucesivo para lograr un *concilio verdaderamente universal,* que pueda hablar a todos los cristianos y mostrarles el camino para el futuro» [11].

¿Cómo se han de entender estas dos recomendaciones? ¿En qué dirección pueden seguir desarrollándose? Quizá podamos aclarar esto con las siguientes indicaciones [12]:

1) A veces se complica la discusión —sobre todo cuando ésta se realiza en inglés— porque no se emplean los conceptos con suficiente claridad. Si se habla de comunidad conciliar. se parte de la comunidad que existió en los primeros siglos. No se piensa en los Consejos ecuménicos que hoy existen a nivel local, regional y universal. Una comunidad conciliar es una unión mucho más estrecha que la que puede darse en una comunidad más o menos libre o en las estructuras ecuménicas que hasta ahora se han conseguido. La comunidad conciliar presupone un total reconocimiento recíproco. Ella es unidad. Los consejos ecuménicos son uniones que todavía hacen posible a las Iglesias separadas el buscar la unidad. No son concilia sino consilia; no son conciliares, sino pre-conciliares.

2) Es importante que la Cuarta Asamblea Plenaria distinga entre una comunidad conciliar y un concilio universal. La Iglesia no es conciliar desde el momento en que celebra un concilio universal. Ella es conciliar, cuando vive constantemente y a todos los niveles en relación conciliar. Un concilio universal es un acontecimiento extrordinario que no se puede prever de antemano. Tiene lugar cuando lo exigen circunstancias históricas. Es un don del Espíritu. Pero sólo puede ser acontecimiento, si la Iglesia es

11. VISCHER, *o. c.,* p. 245 = *Upsala 1968,* p. 45.
12. Véase el reciente estudio de un grupo interconfesional alemán. Original en *Oekumenische Rundschau,* 1974; trad. inglesa en *Study Encountez,* vol. X, n. 2, 1974, 5E/57.

Universidad Pontificia de Salamanca

capaz de recibir el don, esto es, se vive en auténtica comunidad conciliar. Por consiguiente, la meta del movimiento ecuménico no es preferentemente la convocación de un concilio universal, sino la realización de la comunidad conciliar.

3) La comunidad conciliar es la comunidad en la verdad del Evangelio. La Iglesia vive de esta verdad; y es solamente Iglesia cuando permanece en esta verdad. Pero ella únicamente puede conservar esta verdad, si está dispuesta a la confrontación. Comunidad conciliar quiere decir que no sólo miembros aislados, sino también las comunidades se sienten relacionadas responsablemente en cada uno de los lugares. No pueden marginarse unas de otras. La comunidad conciliar exige el que pueda responder ante las demás con su conocimiento del Evangelio. La responsabilidad recíproca es especialmente importante en una época en la que la situación cambia con rapidez y constantemente hay que enfrentarse ante nuevos problemas. No es casualidad que, en la historia de la Iglesia, la praxis de la relación conciliar fuese especialmente intensa en tiempos de grande transformación.

4) Al mismo tiempo que la relación conciliar busca el conocimiento común de la verdad, tiene puesta como meta la unidad de la Iglesia. No se podrá lograr siempre esta meta, no sólo porque falte la disponibilidad suficiente, sino, sobre todo, porque la fidelidad al Evangelio puede estar exigiendo una separación de espíritus. Pero la comunidad conciliar ha de caracterizarse por su voluntad para llegar a la unidad. Está empeñada en conservar la unidad y reconstruirla allí donde está amenazada o incluso resquebrajada. No evadirá las tensiones que hayan aparecido, sino que se enfrentará a ellas en relación conciliar. Buscará negociaciones por métodos conciliares, precisamente antes de que las tensiones no se hayan realizado plenamente y hayan cristalizado en posiciones rivales. Y esto mucho más si la tensión no puede ser abiertamente expresada porque el poder está distribuido. La comunidad conciliar debe dar prioridad a quienes están condenados en el mundo al silencio.

5) ¿Qué relaciones hay entre la comunidad conciliar y la unidad orgánica? Con frecuencia se piensa que ambos modelos se oponen mutuamente. Pero para realizar una comunidad conciliar, lo mismo que para la unidad orgánica, se requiere pleno compromiso recíproco. La Unidad no se entiende tanto como un estado estático, sino, más bien, como una tarea en la que tienen que empeñarse constantemente todos los que están interesados

Universidad Pontificia de Salamanca

en ella. Esta tarea sólo puede ser realizable si la comunidad parte desde esta misma base común. Si la unidad está amenazada, tiene que estar en situación de trabajar para que la unidad no se destruya. Por eso, una comunidad conciliar debe ser, sobre todo, comunidad eucarística; nunca puede aceptar que se resquebraje la celebración comunitaria de la eucaristía.

6) La comunidad conciliar es también una descripción especialmente adecuada de la Iglesia que nosotros tratamos de realizar porque implica una comprensión dinámica de la variedad en la Iglesia. La unidad no excluye la diversidad. Por el contrario, el Evangelio tiene que expresarse en culturas y situaciones diversas. Pero esta variedad necesaria es sólo válida si las distintas formas de expresión permanecen relacionadas en la común responsabilidad frente al Evangelio. La unidad es un pluralismo ya reconciliado, o que está en camino de reconciliación. Lo mismo vale para los distintos niveles de la vida de la Iglesia. La comunidad conciliar sólo podrá subsistir, si se realiza simultáneamente en todos los niveles. Si se describe así la meta del movimiento ecuménico, los esfuerzos por la unidad no se limitarán ya a un solo nivel, sino simultáneamente a todos.

7) ¿No es, pues, interesante que las Iglesias, todavía hoy separadas, concentren sus esfuerzos hacia esta meta? Ellas han logrado ya cierta comunidad. Ahora se trata de que cada una de las Iglesias para sí y todas juntas comunitariamente procuren, paso a paso, imbuir a esta comunidad preconciliar de contenido conciliar. Las iglesias deben de aceptar anticipadamente esta comunidad que es su meta y, si todavía no han superado la separación, deben de dar el testimonio que se les exige. Pero no deben de quedar satisfechas con esta aceptación anticipada. Las barreras que todavía existen tienen que desaparecer. Las iglesias tienen que salir de sí mismas para que, por fin, pueda despuntar el día de una comunidad plena.

[Traducción del alemán:
Angel VELEZ DE
MENDIZABAL]

LUKAS VISCHER.
Director de la Comisión "Fe y Constitución".

Universidad Pontificia de Salamanca